

NIVEL SECUNDARIO -ÁREA: LENGUA Y LITERATURA / 3° Año

EPJA

Autora: María Lokvicic

Clase N° 5

“¿Cabe la realidad en un cuento?”

Contenidos

El cuento realista. Características. Descripción y verosimilitud.

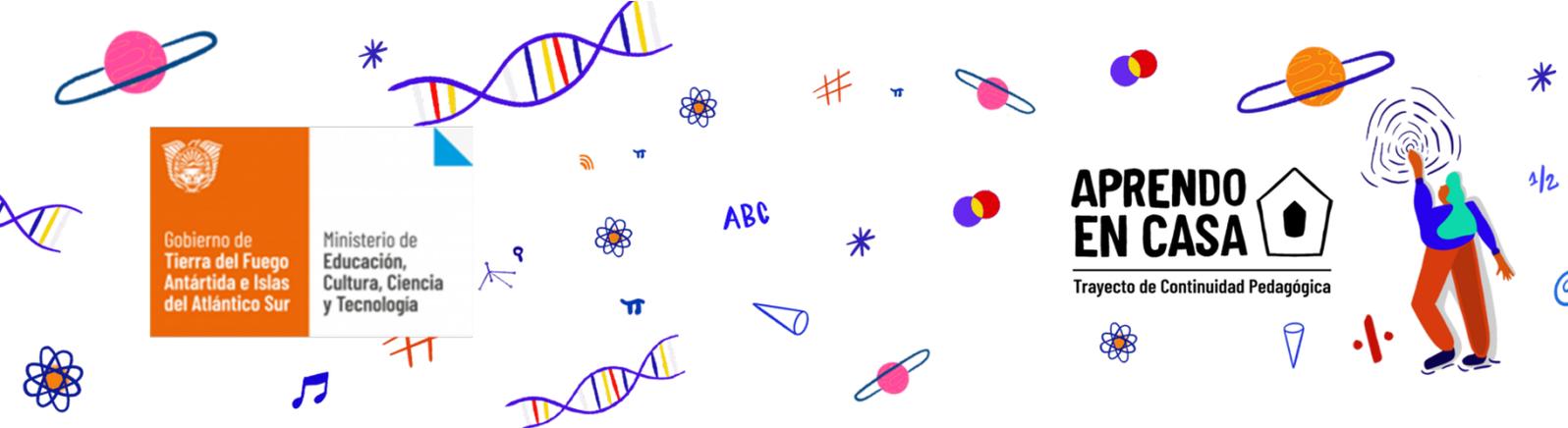
Introducción

¡Hola! Acabo de escuchar a una señora que le dijo a otra en la parada del colectivo, mientras su aliento casi se congelaba en el aire de la mañana:

-¡Son puros cuentos!

Al lado, su compañera, una señora menuda y oculta tras una enorme cantidad de ropa de abrigo miró para abajo y se frotó las manos enrojecidas sin decir nada.

Me quedé pensando... ¿Qué significados le damos a la palabra “cuento”? ¿Los asociamos a palabras que no se ajustan a la verdad? ¿Siempre será así? ¿Todo cuento será una “mentira”?



Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología

APRENDO EN CASA
Trayecto de Continuidad Pedagógica

Después recordé que hay muchos cuentos que representan tan bien la realidad que son una forma de conocer a la gente, a determinados lugares, e incluso sucesos históricos. ¿No me creen?

1. Inicio

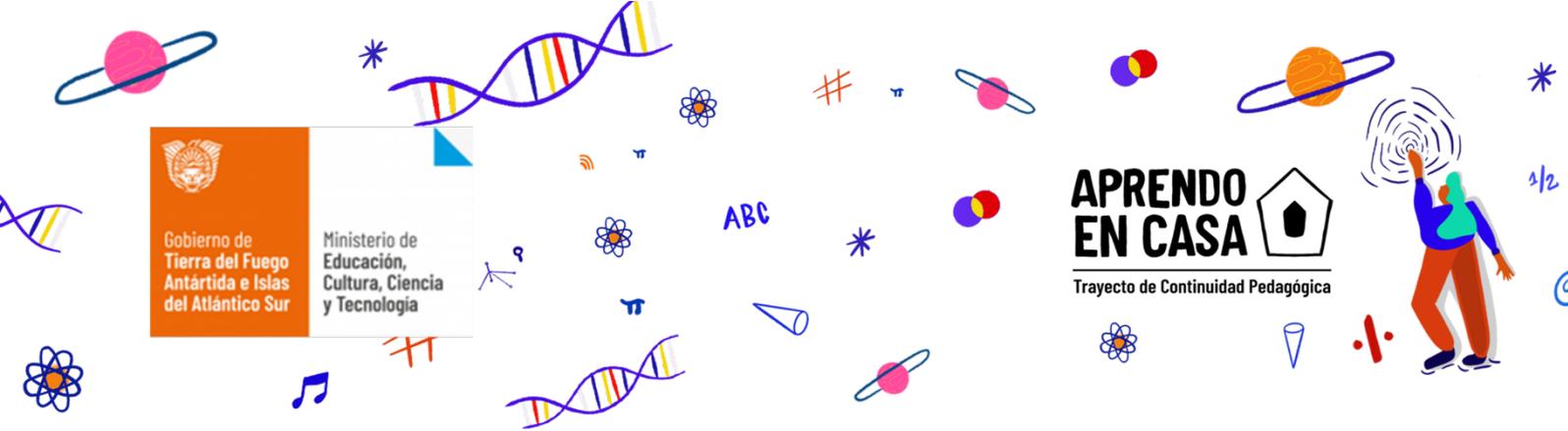
Ustedes deciden si quieren creerme o no. Yo mientras les voy a compartir un cuento que me gusta mucho y que, cada vez que lo leo, hace que sienta que conozco un poco más la vida en la Tierra del Fuego de hace muchos años, desde antes que yo naciera: de allá cuando muchos jóvenes salían a buscarse la vida por necesidad y se empleaban en lo que podían (en eso estamos igual que antes). Pero hace cincuenta o cien años, cuando llegaron algunos de nuestros abuelos, los jóvenes se ocupaban, sobre todo, de las rudas tareas del campo.

2. Desarrollo

¿Me acompañan en la lectura?

El cuento se llama “El vellonero”. ¿Habían escuchado esa palabra alguna vez? ¿La asocian a alguna otra palabra que conozcan? ¿Qué se imaginan que hará un “vellonero”? Veamos qué nos dice el cuento...



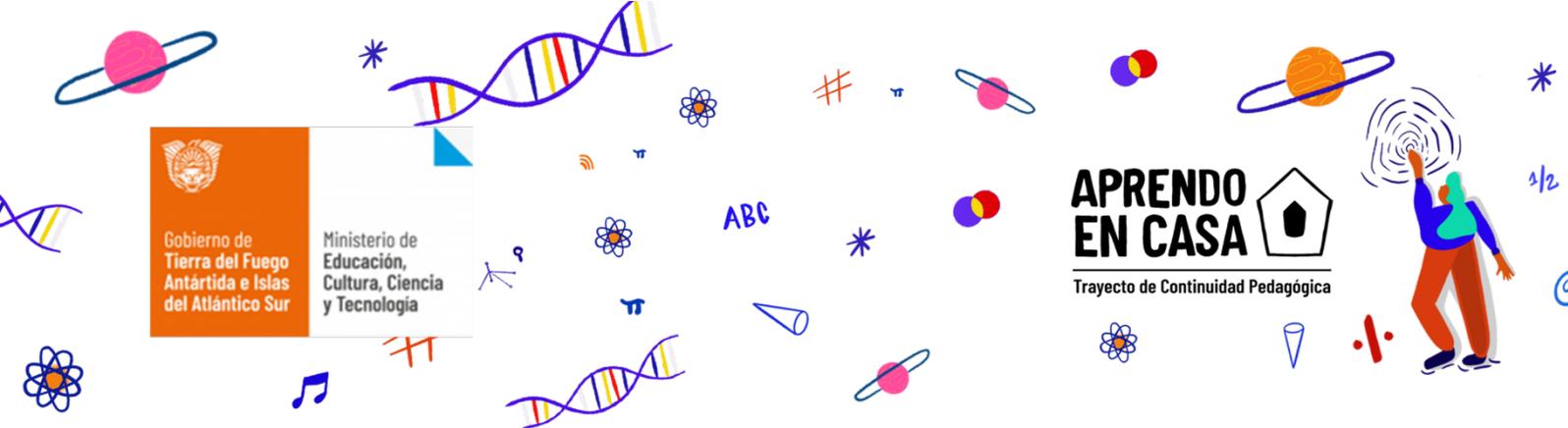


El vellonero (Francisco Coloane)

Cuando el pequeño Manuel Hernández despertó después de una pesadilla en que le pareció andar por un camino polvoriento entre nubes de tierra que le picaban las narices, se encontró en el suelo junto a los camarotes de los peones, sobre los tres clásicos cueros lanudos de oveja que se usan de cama en las estancias, doblados y ajustados con esa maestría campesina que los convierte en un mullido colchón. Sentándose, vio que se hallaba en medio de una pieza grande en la que había seis u ocho hombres durmiendo en literas adosadas a la pared, como en la tercera clase de los barcos de pasajeros.

El acre olor a cuero de oveja y el tibio y algodónado del sudor humano, que flotaban con pesadez en el ambiente, le recordaron, patético, el sueño del camino polvoriento cuyos remolinos de tierra atascaban sus narices. Las primeras luces del amanecer le hicieron adquirir más conocimiento del lugar; en las literas destacándose los cuerpos de los hombres cubiertos, la mayor parte, con pieles de guanaco, con el pelaje para adentro, para producir más calor. La carnaza verdoso-amarillenta del cuero, estriada de líneas pálidas donde habían estado los hilos vitales del animal, daba a aquellos cuerpos dormidos una impresión cadavérica.



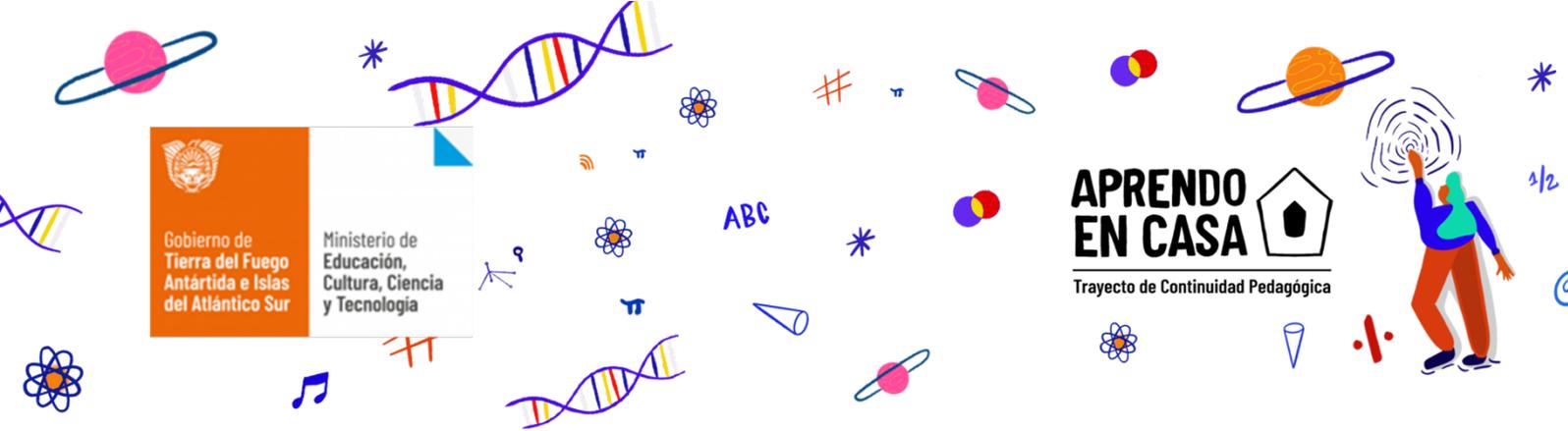


Dibujábase en tal forma la estructura de la huesambre humana, especialmente en los que dormían con las piernas encogidas y las rodillas en alto, que a no mediar el ruido de las respiraciones silbantes o roncadas hubiéraseles creído momias reconstruidas en un museo. El niño miró un momento sin pensar, tan extraña era su situación que se sintió como despegado de su cuerpo, mientras sus dos ojos volaban como dos moscas por sobre las cosas. Un impulso de levantarse y echar a correr lo conmovió. Luego, al inquietarse, se dobló en congoja, tuvo deseos de llorar y no pudo, embargándole una angustia de orfandad y desolación. La claridad del día entró de lleno por un tragaluz, y con ella un poco de confianza llegó a su espíritu. Se envolvió en las mantas, acurrucóse y empezó a recordar su viaje a la estancia.

[...]

El auto avanzaba sobre la huella dilatada, desde la estancia “Bahía Inútil” hacia la de “San Sebastián”, con un rumor poderoso y estremecido por el tubo del escape libre, e iluminado por la luna parecía una cucaracha extraña sobre la costra del planeta dormido. Después, cuando en una hondonada apareció el bello conjunto de las casas de la estancia, simétricas, trizadas de luz y de sombras, fue para él un oasis de cordialidad en medio del paisaje hermoso pero estático, frío e igual. El cocinero salió a abrirles y los llevó a la cocina, donde comieron las tradicionales chuletas, pan y café caliente.- Ese muchacho que me ha pagado sólo medio pasaje. Viene de vellonero a la estancia -dijo el chofer refiriéndose a Manuel, que

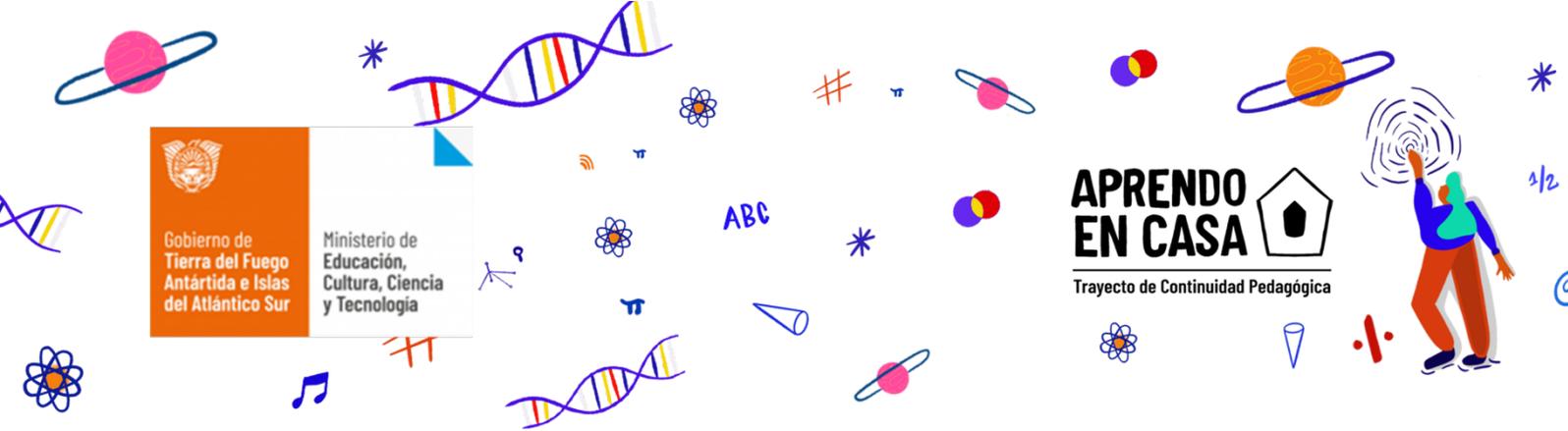




comía ávidamente su pan. ¡Ah, si supieran su treta! ¡El corazón le saltaba de angustia y creía ver en todos los ojos una mirada de desconfianza, como si ellos supieran que era un mentiroso! Los latigazos de la arpía de su tía y las patadas del hombrote de su marido habían marcado ronchas en el espíritu del niño, morenos en su corazón tembloroso de adolescente, y así, en cada adulto, mujer u hombre, sus doce años atormentados le hacían ver un verdugo y una azotadora. Qué alivio cuando desapareció el cocinero con su cara de rata molinera, y el mozo coloradote, que habíase levantado para probar el pisco que convidaba el chofer! Éste lo llevó a la casa de los peones. Él mismo le acondicionó los cueros contra el suelo y le arregló las mantas.

Después de despachar al último peón, el capataz de la estancia, un gringo espigado con cara de borracho, con la cachimba entre los dientes y las manos a medio entrar en el pantalón de montar, quedóse mirando distraído las vegas lejanas. Manuel se hallaba a tres metros de su lado. Se encontraba bajo esos característicos cobertizos donde se guardan los tractores y otras maquinarias de la estancia. Hubiera querido interrumpirle con un “¡Señor...!”, pero qué frialdad emanaba del acero del tractor y de la ventisca que remolineaba bajo el cobertizo revolviendo unas virutillas hostiles. ¡Y aquel hombre silencioso, torvo, más horrible que la arpía de la tía y el hombrote de su marido! De pronto, el capataz se dio vuelta, levantó el ceño y preguntó intrigado al niño:- ¿Y tú...?- Vine a

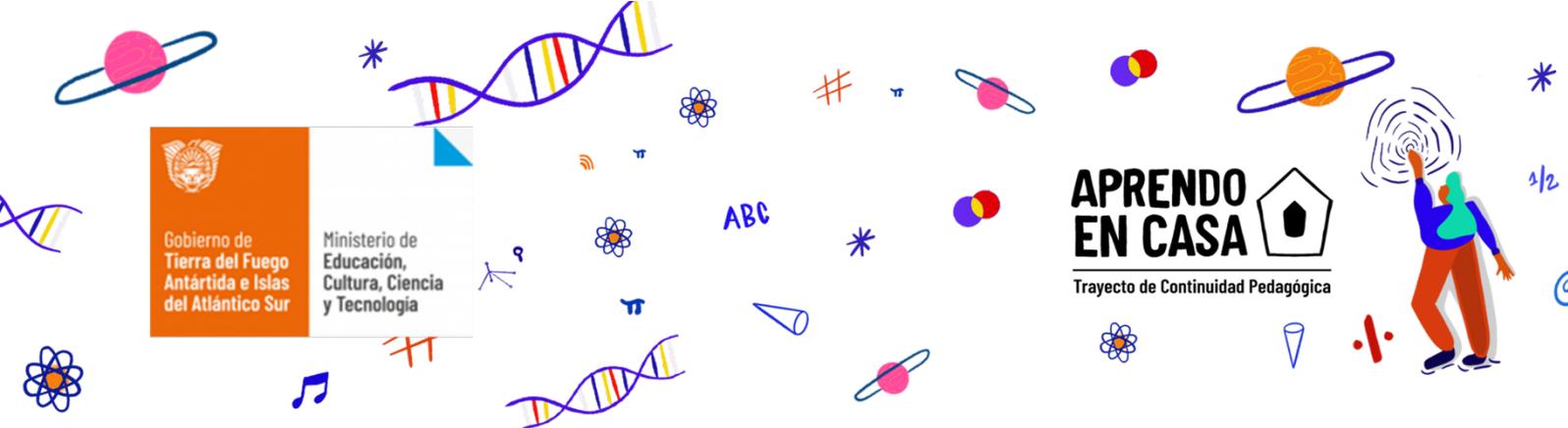




buscar trabajo de vellonero.- No hay trabajo de vellonero; están todos los puestos ocupados.- No tengo dónde ir.- Que te lleve el que te trajo.- No tengo más dinero.- ¿Tienes libreta de seguro obrero? - No me la quisieron dar en la oficina de Magallanes.- ¿Por qué? - Porque tenía que llevar una papeleta firmada por mi patrón... y como todavía no tengo patrón no pude hacerlo.- ¿Te mandaron tus padres? - No tengo padres; me mandaron mis tíos.

Supieron que muchos niños de las escuelas, a mi edad, salían en las vacaciones a trabajar de velloneros a las estancias y que ganaban trescientos treinta pesos mensuales. El capataz lanzó una gruesa interjección en inglés y continuó:- Ustedes ya vienen siendo una peste como los caranchos en las estancias. Cruzan los alambrados en manadas como los “chiporros” cuando pierden la madre en tiempo de marca, tiritando de frío, hambrientos y balando en las tardes. Y lo peor, que dan lástima. No se les puede echar a la huella como a los hombres; son tan débiles. ¿A dónde te voy a echar a ti? ¡Y si te doy trabajo sin libreta, las leyes multan a la sociedad y ésta me larga a mí también! Dime: ¿Qué hago contigo? El muchacho agachó la cabeza entristecido, pero hipócritamente, pues su pequeño corazón ya saltaba alegre y su instinto le decía que ese hombre, rudo por fuera, era bueno por dentro y que le ayudaría. ¡Bueno, anda a “tumbear” entre tanto a las casas! -dijo el capataz, mientras volvía a ensimismarse en las vegas lejanas.



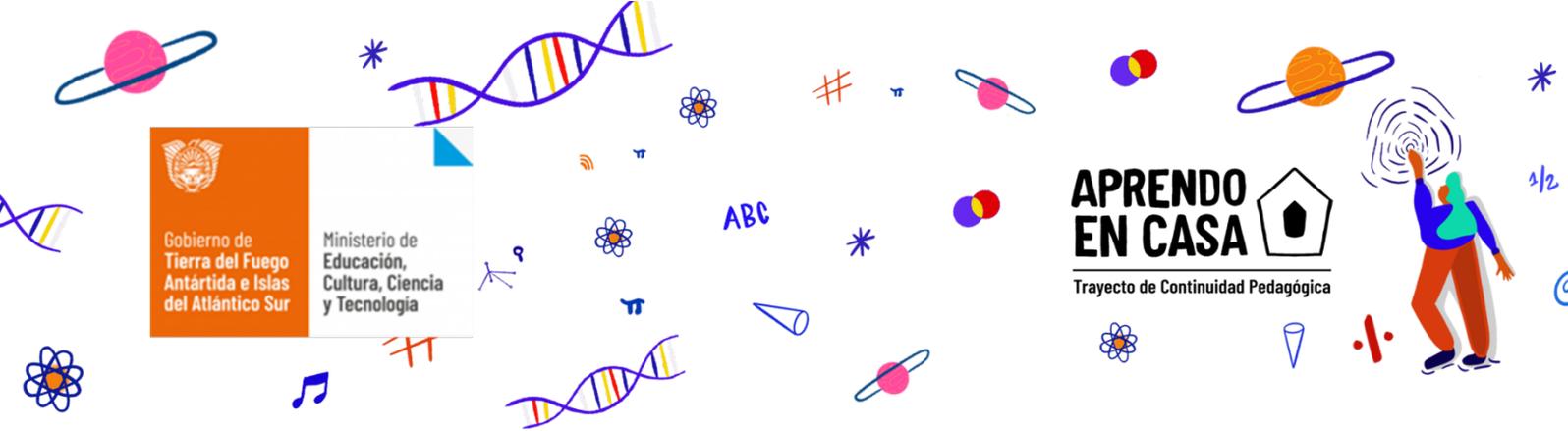


El galpón de esquila vibraba con un ruido ensordecedor. El ¡oh!, ¡oh!, de los corraleros y breteros se mezclaba con el ladrido de los perros, el bochinche de los tarros con piedras de los encerradores y el estridente silbido de los ovejeros. Como una mar gris de lenta corriente, el ganado entraba jadeante por una manga al corral más amplio del galpón, luego a los más pequeños, finalmente a los bretes, de donde eran sacadas las ovejas por los agarradores y llevadas a mano del esquilador. Estos, sudorosos, sentaban el animal entre sus piernas y hacían resbalar la máquina esquiladora desde el cogote hasta el cuarto trasero, levantando el espumoso vellón. Después largaban al animal trasquilado, blanco y huesudo, por un portalón que daba a otros corrales desde donde serían reintegrados a sus campos. Allá en el fondo de un ala del galpón, cuando cesaba el infernal ruido de la aprensadora, se oía, monótona, la voz del clasificador de la lana de las fábricas británicas, el cual en un inglés cerrado iba repitiendo, a medida que unos muchachos le presentaban sobre la mesa los vellones: Quarter!, tree quarter!, a half! Los velloneros parecían ardillas corriendo desde las guías esquiladoras hasta el mesón de clasificación. El galpón jadeaba como un monstruo; mientras por un extremo entraba una cinta grisácea de ganado, por el otro salía blanca, plateada, después de una extraña elaboración en su vientre gigantesco.

[...]

Francisco Coloane





Espero que este fragmento les haya gustado tanto como a mí. El cuento es más largo, si lo quieren leer completo, pueden utilizar el link que está al final, en la bibliografía.

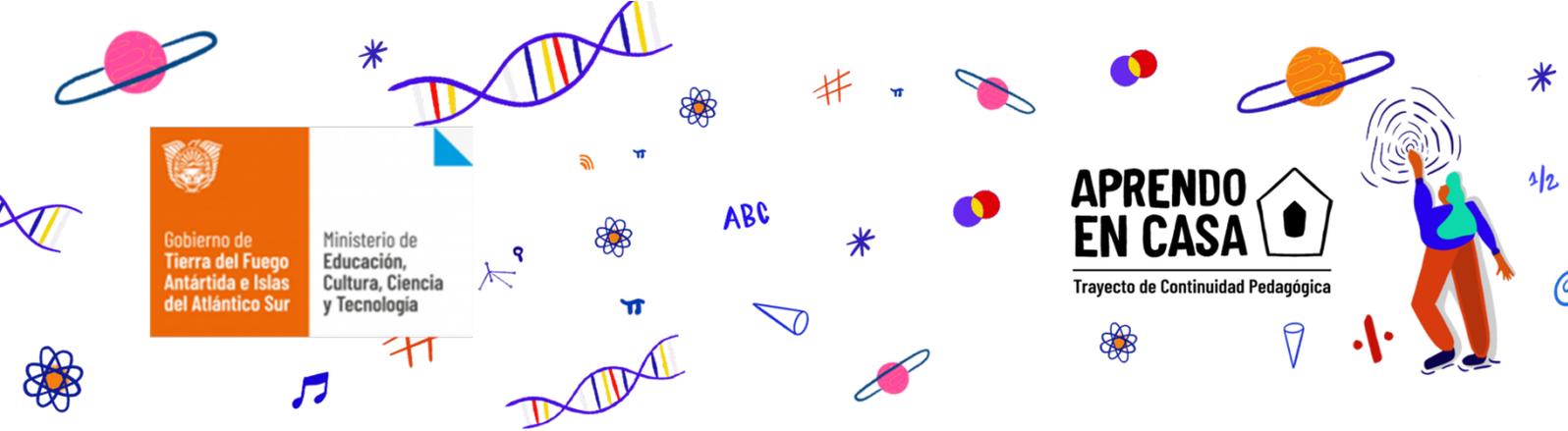
Pero antes, les voy a pedir que me ayuden a pensar por qué la escritura de los cuentos de Francisco Coloane es tan atrapante.

En literatura, cuando hablamos de **cuentos**, nos referimos a relatos ficcionales, es decir, a historias que, aunque tengan elementos propios de la realidad, son el resultado de la imaginación de un autor que al escribir propuso “un mundo posible”. *El vellonero* nos remite a un tiempo y un espacio que podríamos reconstruir con otro tipo de textos como crónicas históricas y hasta relatos de antiguos pobladores que vivieron en esa época.

Si bien el autor pudo haber imaginado nombres, lugares, etc. nos resulta muy creíble la historia que cuenta y casi podemos ponernos en el lugar del joven protagonista, Manuel Hernández.

Este tipo de cuentos, que nos permiten recrear tan vívidamente escenarios y sucesos reales, al punto de que resultan como una fotografía de una determinada sociedad y su tiempo, son llamados **cuentos realistas**. Para conocer mejor este género, los invito a realizar las actividades.





Las actividades que haremos serán las siguientes:

Actividad 1

Señalaremos en los márgenes del texto con algún color, todos los pasajes donde aparezcan elementos que hacen el relato **verosímil** (es decir, creíble, parecido a la realidad).

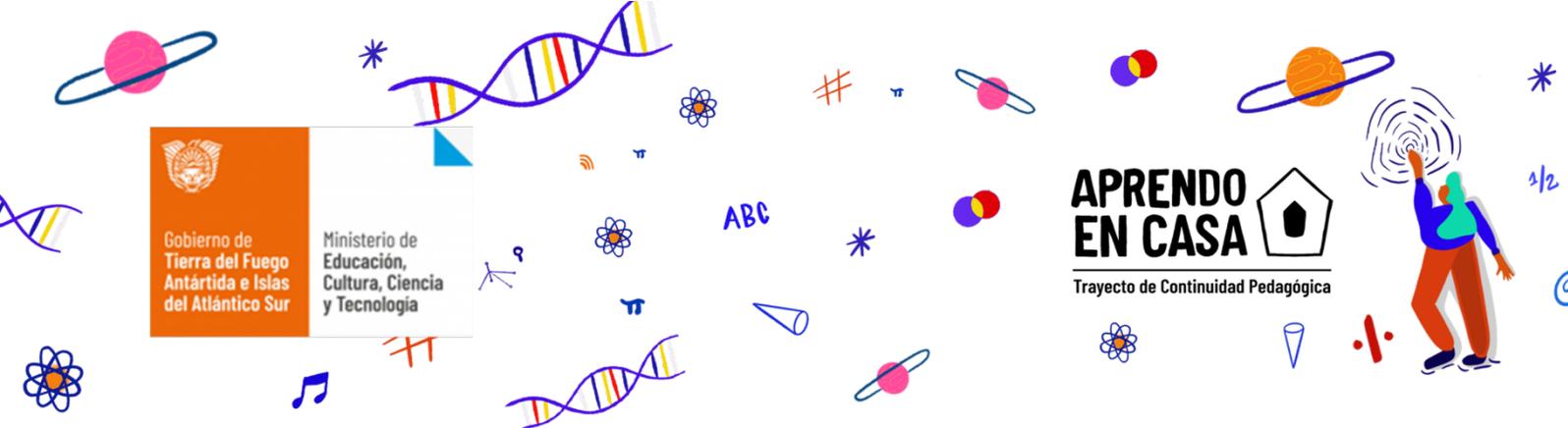
Estos pueden ser:

- Descripciones detalladas.
- Palabras específicas que remiten a una determinada actividad (quizá necesites consultar algunas en un diccionario). Por ejemplo: “breteros” (en ese caso, habrá que buscar “brete”).
- Nombres propios, referencias a lugares geográficos, etc.
- Modismos, formas de hablar típicas de un lugar geográfico, etc.

Actividad 2

Seguramente encuentres algunas palabras desconocidas. ¿Alguna vez viste cómo se realizan las tareas de esquila o participaste en ellas? Muchos jóvenes riograndenses tenían su primer trabajo en las estancias en el verano. ¿Conocés a alguien que haya trabajado en la temporada de esquila? ¿Habrá mujeres esquiladoras o velloneras? ¿Cómo se aprende o dónde enseñan a hacer ese trabajo? ¿Por qué se hará referencia a fábricas británicas? ¿Qué pasaría en aquel tiempo con el producto de la





esquila? Te invito a que investigues entre tus conocidos, familiares o amigos, sobre esta actividad, que preguntes por esas palabras u otras que tengan que ver con esa labor.

Actividad 3

Si conocés a alguien que haya sido antiguo poblador en Tierra del Fuego o en otros puntos de la Patagonia, seguramente tendrá muchas historias de la vida en el campo para compartir...

Te invito a que investigues y, cuando encuentres a alguien que tenga una historia interesante para contarte: escuchalo con atención y escribí con ella tu propio cuento realista usando todos los recursos que vimos en *El vellonero* y que marcaste en la consigna 1.

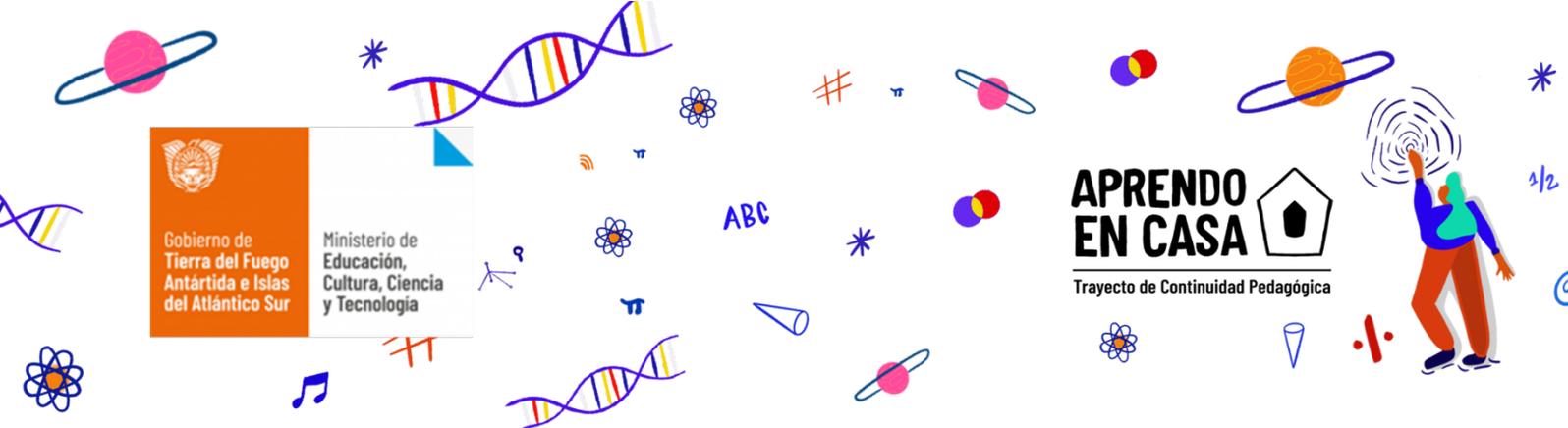
3. Cierre

¿Querés saber más?

El autor

Francisco Coloane vivió en Tierra del Fuego hace muchos años, cuando las principales fuentes de trabajo estaban en las estancias o, para los más aventureros, en la búsqueda de oro o las pieles de lobos marinos que se cazaban en las costas del canal Beagle. Sus cuentos, ricos en





descripciones, nos permiten reconstruir de una manera muy vívida las peripecias de muchos hombres y mujeres que llegaron al extremo sur de América en busca de un porvenir. Podés encontrar más datos sobre él en la bibliografía.

¡Hasta la próxima!

Referencias

Coloane, F. [s/f]. *El vellonero*. Recuperado de:

<https://aquiaysen.wordpress.com/2015/09/02/el-vellonero/>

Ruiz, M., Fernández, T. y Tamaro, E. (2004). Biografía de Francisco Coloane. En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*.

Barcelona (España). Recuperado

de <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/c/coloane.htm>

el 10 de junio de 2020.

